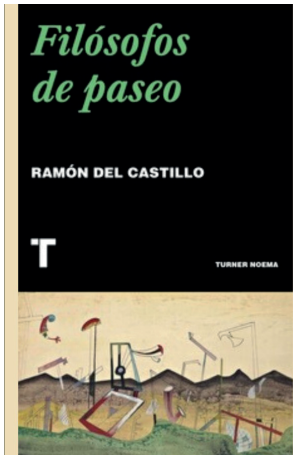


# Filósofos de paseo

*Pasear detrás de pensar*

RAMÓN DEL CASTILLO

*Turner, Madrid, 2020.*



El que *Filósofos de paseo* reconstruya los periplos y caminatas de pensadores y escritores de reconocida relevancia en la historia del pensamiento, no constituye, sin embargo —o al menos no de manera frontal—, un apunte biográfico que novele la intimidad de aquellos, convertidos en protagonistas de libros de viajes o relatos de aventuras. Tampoco es una filosofía del acto de pasear, o del paseo como su efecto, retratada en las vivencias de pensadores singulares, o no lo es, en todo caso, más allá del capítulo introductorio. En este, así titulado, *paseo interminable*, el autor sobrevuela a vista de pájaro las páginas que siguen, esbozando la senda común que reúna a tan diversas personas extemporáneas en un

mismo acto de pasear. Es allí donde se bosqueja brevemente, al menos de manera programática, una filosofía del pasear, despejando así una senda para convertir en tema de la reflexión filosófica, aquella actividad del pensador que subyace o soporta el ejercicio de su pensamiento acerca de toda suerte de fenómenos. Pensar en la realidad situada detrás de la aparición de los fenómenos —como el jardín trasero,

cultivado por el padre de John Fowles y también mencionado por Wittgenstein—, constituiría la tarea de la filosofía del paseo entendida como una teoría sobre el caminar si rumbo fijo, o del andar como práctica separada de cualesquiera otros fines prácticos, de manera análoga a como la acción de cantar se separó paulatinamente de todas las otras actividades sociales y domésticas a las que antes iba inseparablemente unida. Un vagar ambulante y ensimismado, que comparte con la experiencia del aburrimiento el recreo en su propio devenir, en dejar que pase el tiempo sin detenerse a contemplarlo; en definitiva: una actividad sin finalidad, pero tampoco una actividad puramente contemplativa o entregada a su objeto de manera desinteresada. Pese a este bosquejo inicial de una filosofía del paseo, apoyada en textos de Le Breton, Gros y Thomas Bernhard, el autor abandona de inmediato el camino o, mejor dicho, este se bifurca en múltiples ramales, tantos como pensadores paseantes aparecen en sus páginas, y, ocurriendo esto último sin ningún criterio definido —más allá del cronológico orden de aparición en el libro y de realización de sus paseos—, podemos imaginarnos una ramificación infinita del camino inicial. La filosofía del paseo se convierte, de este modo, en una tarea interminable.

El lector podrá volver una y otra vez a la pregunta inicial: “¿qué relación tiene la forma de moverse de estos pensadores con su forma de pensar?” (p.11), pero en *Filósofos de paseo* se ofrecerá, particularmente, la realidad entre bastidores que acompaña a los pensamientos publicados e inéditos de estos pensadores paseantes, quedando en manos del lector la reflexión ulterior que, partiendo de los textos publicados de aquellos escritores, inscriba sus pensamientos en el espacio acotado por sus paseos y ello, insistimos, no solo porque se suponga que todo pensar sea un pensar situado, o no solo al modo de un cotilleo textual sobre la intimidad de estos escritores de *carne y hueso*, sino, más bien, porque su modo singular de pasear y la trayectoria definida como resultado de sus paseos, acotan la ordenación previa de la realidad pensada por ellos. O dicho de manera más escueta: conocer el paseo de los filósofos escogidos permite otro acercamiento a su modo de pensar y a lo que ellos pensaron. Por eso, contraviniendo quizá algunos negros augurios del autor en el capítulo introductorio, este libro será de especial interés para filósofos y estudiosos de la historia del pensamiento, estudiantes y profesores de filosofía, acaso más aún que el libro anterior, *El jardín de los delirios*, de cuya *Biblioteca delirante* se desgaja este último libro. En general, será aquellos que han tenido algún tipo de acercamiento a los pensamientos de estos filósofos paseantes, quienes encuentren entre sus páginas el jardín trasero desde el cual aquellos piensan la realidad. Para quien desconozca por completo la obra de los filósofos y escritores de los que trata el libro, este no suscitará de entrada, quizá, el suficiente interés, o si lo hace será al modo de un recorrido narrativo por la vida de determinados personajes confrontados con ciertos

espacios urbanos y naturales. No les servirá, en cambio, como una introducción al pensamiento de estos autores y ello precisamente porque sus paseos se hallan detrás de la realidad que ellos piensan, no a la base de esta última o sobrevolándola de antemano.

Quienes sí hayan tenido noticia de los pensamientos de los filósofos modernos y contemporáneos que pasean por estas páginas, desde Kant a Sartre, podrán imaginar de qué modo los paseos repetidos del filósofo de Königsberg —en los cuales, sostiene el pensador, no puede detener su atención en un solo objeto, sino que al caminar, hace que su atención pase de un objeto a otro—, circunscriben una aproximación a la realidad en la que se piensa en un espacio continuo *a priori* como forma que ordena la pluralidad de impresiones sensibles y en un tiempo espacializado, concebido en analogía a este continuo espacial. Podrá imaginar la necesidad de todas las actividades sintéticas que reúnan una realidad *ordenadamente* desperdigada en el paseo. Y es que la actividad sintética del entendimiento kantiano resultaría imposible ante una realidad fenoménica dada a la experiencia de un deambular convulso, completamente intermitente y errabundo, con continuas idas, venidas, bandazos y cambios de sentido; tampoco para un caminar sonámbulo sin memoria. También resultaría imposible si la materia dada en impresiones proviniera del afuera de un entorno ajardinado, urbanizado conforme a un diseño particular, si fuese parte de un desierto compuesto de granos de arena por completo indiferenciados entre sí, o bien de una selva húmeda de suelo movedizo y enredaderas enmarañadas que ocultasen todo horizonte posible. Podrá, también, figurarse la domesticación de la naturaleza sublime que acontece en el jardín versallesco al que el paseante Hegel prefiere dedicar sus paseos, como escenario idóneo para pensar en la racionalización de lo real, un verdadero parque transformado a la medida del hombre; o imaginar a un viejo Rousseau huyendo aceleradamente en pleno delirio persecutorio, exacerbando el temor a la coacción social que se preconiza en las *Enseñanzas del paseante solitario*. Podrá, además, hallar en los paseos de Kierkegaard, la actitud distante que transita de una mirada estética, hacia la respuesta ética ante aquellos que el filósofo paseante encuentra a su paso, tránsito en el cual se es más que un espectador pero menos que un participante. Al lector le sorprenderá encontrar un análisis de la propuesta ética de Nietzsche plasmada en su faceta de paseante y jardinero, acaso más que recorrer las páginas dedicadas al idilio rural que mantiene Heidegger con los paisajes sublimes de la Selva Negra, más alejados de los parques y jardines urbanizados, conservados en su autenticidad. Se requerirá precisamente ese vasto bosque sublime a fin de alcanzar la serenidad necesaria para que la realidad se muestre ante los ojos del paseante Heidegger en toda su plenitud, al ser reducida la realidad humanamente transformada a la nada que sucumbe en medio de la

oscuridad del bosque. Para alcanzar tal temple de ánimo, será necesario acallar el mundanal ruido y la distracción que busca el viajero contemporáneo, devenido en turista, y permanecer anclado a la tierra. De todos los filósofos que pasean por el libro, acaso sea Heidegger el más ajeno a la práctica del paseo ensimismado, como lo es, también, respecto al cultivo del jardín; en él, el caminar se convierte en una verdadera expedición orientada a una misión concreta: destruir la historia del mundo humanamente construido y abrir el espacio necesario para el desvelamiento del ser. En las antípodas de este planteamiento encontrará el lector al paseante Adorno, objetor de cualquier pretensión filosófica de dar con una experiencia originaria no mediada cultural ni históricamente. En sus reflexiones sobre tales incursiones en el mundo exterior a la ciudad, Adorno diagnostica la conversión autoengañada a la que ha llegado en sus —y nuestros, podríamos decir— días. El lector que conozca su obra *Dialéctica de la Ilustración* no se extrañará al encontrar aquella naturaleza sublime que inspiraba a los pensadores ilustrados, convertida ahora en reclamo turístico justamente en calidad de reserva natural, pues, en efecto, lo sublime mismo consume su negación mercantilizada incorporándola, y ello bajo la ilusión de mantener intacta e incluso protegida o preservada su pureza. Por ser expresión de esta contradicción, lo natural se vuelve para Adorno en un elemento perturbador para el sujeto, “un recuerdo de su propio extrañamiento y de su condición escindida” (*op.cit.*, p.96), como el zoológico moderno nos ofrece en escaparate a las fieras salvajes siempre domesticadas y desprovistas de todo exotismo. Continuando su recorrido, el lector hallará a un Wittgenstein desquiciado, paseando errabundo por una ciudad convertida en laberinto enigmático de señales y puertas cerradas que ocultan lo que esconden en su interior. Pasear, en la filosofía wittgensteiniana, se convierte, de hecho, en una obligación, una tarea de distanciamiento y adopción de diversas perspectivas desde las que poder reconocer, identificar y corroborar que se ha comprendido correctamente la regla de cada juego de lenguaje. La huida al jardín, que en el caso de otros filósofos se presentaba como desembocadura del paseo, será evitada por el paseante Wittgenstein: no hay, en efecto, mayor pesadilla para el registro y la identificación de los juegos del lenguaje que un entorno en el que estos mismos juegos están permanentemente regándose y gestándose. El misterio que pueda ofrecernos un jardín sujeto a la contingencia y al azar, será humanizado y desnaturalizado aún más en el capítulo dedicado a Sartre. En este último paseante, plenamente urbano, lo incontrolable y azaroso se encarna ya, incluso, en la mirada sorpresiva del otro viandante —o de los otros viandantes— con el que el caminante se encuentra a su paso. El desconocido con quien el pensador coincide en el banco de cualquier parque, introduce la ordenación de toda la experiencia bajo su sola mirada. Transformada en materia para la producción de fantasías oníricas, la na-

turalidad será para este paseante algo tan humanizado que se apodera de sus deseos incontrolados.

Cierran el libro dos capítulos dedicados a los paseos de dos escritores: John Fowles y Robert Walser. En el retrato del jardín trasero, compañero de vida del primero, encontramos ilustrada, como adelantábamos, la filosofía del paseo presente en este libro, cuyo autor, acaso por este motivo, confiesa en varios lugares haber hallado reflexiones de mayor calado acerca de los más diversos asuntos vitales en la literatura que en la filosofía, sin que, por ello, en los escritores que menciona el autor, haya una inmersión real o una conexión más profunda con el entorno por el que ambos pasean que aquella de la que se veían privados los filósofos. También en ellos, pasear será una toma de distancia llevadera respecto del mundo social circundante, pero ya no será anulada en su descripción en favor de la propia reflexión del filósofo sobre aquello que se erige en horizonte de sus caminatas, sino que ese paseo será abordado de frente y sin huida en su afección sobre el propio paseante, como los bosques que sirven de escenario a las batallas de la Primera Guerra que obsesionan a Fowles, o el sentimiento de paz que el paisaje nevado suscita en Walser. Será esta última descripción literaria del sentimiento que despierta la realidad en el paseante, la que analice en detalle en qué pueda consistir aquello que llamamos pasear, y que antecede y resiste a la continua huida que llamamos pensar.

TERESA ÁLVAREZ MATEOS

